

**Mi casa es casa de oración y vosotros la habéis convertido...
...en una playa**

Soñé. Soñé que eras tú al que soñaba. Sueño irrealidades.

Te veo entrando a la iglesia de mi barrio, y no sé si vas o si vienes de repletarte de soles y de arenas; si has dejado el cubito y la palita en el auto, con arena y sal pegados porque llegas, o limpios porque vas hacia los caracoles. Tienes camisa llena de sombrillitas diminutas y de flores enormes; y algo parecido a unos calzoncillos largos repletos de bolsillos extraños, que muestran tus piernas horribles y peludas. Tus dedos se introducen en las tiritas de tus chanquetas que los reciben un poco asustadas --ison tan feos!--

Abrazas a empellones a ese amigo con el que jugaste al golf hace dos días, mientras tu voz de trueno salta por encima de diez bancos hasta golpear al otro – jugador de dominó-- que está apoltronado diez bancos delante del tuyo y que no te ha visto porque lee el boletín semanal de la parroquia, mientras le pisas los pies a una viejita. Te lo concedo, todos hablan, entran y salen, conversan, y no es fácil oír ni que te oigan. Finalmente, después de algunos más, y más o menos eufóricos apretones de manos, te tiras sobre la madera de tu asiento, cruzas el brazo por detrás del respaldo del banco y del cuello de tu mujer que se está ajustando las tiras de la trusa que “esconde” debajo de la colorada blusa de generoso escote.

Cristo en la caja de oros. Vienen a visitarlo; pero nadie lo contempla, nadie le habla.

Miras en derredor. Hay muchos ataviados como tú. Otros se enfundan en jeans que parecen ser uniforme de Misas, porque se pueden contar diez de cada once con los mismos ajustados pitusas: los padres y los hijos, y el tío solterón y la abuela (lo que varían son las marcas de los diseñadores); con sus invariables zapatillas del gimnasio o de practicar algún deporte.

Al voltearte para ver si hay más amigos en la iglesia, tu vista tropieza con el confesonario. Te viene a la mente un adjetivo: *anticuado*. Tratas de recordar la última vez que tú o uno de los tuyos se arrodilló delante de un cura. Las telarañas te obstruyen los recuerdos. Buscas por curiosidad en el boletín que alguien dejó todo arrugado en el banco... Confesiones: Sábados de 3 a 3:30 PM.

Te sorprende el retumbe del tambor y la trompeta, y el director del coro que lanza sus amenazadores brazos a los aires exigiendo que cantes y que acompañes con palmadas el altisonante ritmo que arman panderetas y timbales. Ahora no hablas. Tampoco cantas. No es varonil. Amén de que es en inglés. Te mueves un poquito, cadenciosamente, como la mulatica de delante de ti, y el novio... ¿Donde los has visto antes? ¿En Versalles de París o en el de la Pequeña Habana? Tiene que ser en el de la calle 37 porque en Francia nunca has estado. ¡Qué ocurrencia formidable! Te viras y se lo cuentas a tu mujer. Se ríen ambos hasta cansarse. La risa se pierde entre el retumbar que arman músicos y cantores.

Siguen entrando feligreses. Se les hizo tarde.

Comienzan las lecturas. Eso te gusta porque es sentado. Larga la primera, interminable y mal leída. La segunda está mejor: corta, y le viene de perillas a tu esposa. Le das un pequeño codazo. Ella se enfurece y te pellizca. ¡Carimbo; duele! De nuevo el tambor y la trompeta: eso lo cantas, ese Aleluya siempre te ha agradado.

Entra más gente. Un padre y cuatro alborotados niños te empujan, fuerzan el paso y se aprietan en tu banco. Casi te caes.

Homilía. Larguísimo el sermón del cura. Decía tu tía que cuando resultaba largo era que el cura no lo había preparado. Este cura te gusta. Todo es misericordia, todo perdón; no tienes que preocuparte: Dios es muy bueno y a ti te conviene mucho eso. Aquel cura de cuando eras pequeño te asustaba con lo del infierno, y te hacía confesarte del miedo que sentías al imaginarte todo achicharrado. Gracias a Dios las candelas y los demonios han desaparecido por completo.

Sigue llegando gente. Ahora son muchos. De un golpe. Pepín sonrío y le susurra a su mujer: - "Llegó la guagua"

Cristo en la caja, en la nave lateral izquierda de la iglesia. Una lucecita roja marca su presencia. Le pasan por adelante "como Pedro por su casa".

El Credo. Oraciones. La colecta. Tu consabido billetico de un peso. Lo doblas en la mano para que no se note de cuánto es: aquel viejo del reloj grande y guayabera echa de a veinte, y se ve claro porque el billete va todo estirado.

Ofertorio y demás. Al fin se hace un poco de silencio. Un niño chilla, la madre que lo saca. El Padre Nuestro: se agarran de la mano, cruzan los pasillos y se hace una cadena humana que pronto levantará los brazos hacia el techo –como el director del coro, pero los brazos tiesos--. La paz ¡Ahora sí que centellean los abrazos, los besos, las golpes en las espaldas! Gente que corre desde el frente hasta el final a darle un beso a la prima que llegó tarde y no alcanzó asiento en los primeros bancos. Y viceversa. Y de lado. Y de costado.

Comunión. No queda ni un alma en los bancos. Las filas se hacen largas por todo el templo. No importa, hay decenas repartiendo las Hostias consagradas. Entra más gente y se incorpora directamente a los que hacen cola para comulgar. Algún acomodador, imperativamente, ordena a todos incorporarse fila por fila, banco tras banco. Se hace rápida y ordenadamente. Ya se retiran los que repartieron la Comunión hacia sus bancos. Uno de ellos se limpia las manos en su corbata verde.

Empiezan a salir los que están apurados porque el juego de fútbol empieza a la una y todavía no han comprado las cervezas. Con las prisas locas resulta que tropiezan con algunos de los que todavía entran. Te ríes porque te acuerdas de aquel primo tuyo que te hizo notar que Judas también salió temprano.

Oye, tú, antes de que te vayas. ¿Te fijaste en la Consagración? ¡la hubo! ¡Fue lo más importante! Un cura amigo decía que los todos los periódicos debería tener entre los titulares de primera plana, con letra gigantesca: *¡Un cura consagró en tal iglesia!* Nada ha sucedido de más importancia.

Resuena entonces fuertemente el timbre del despertador. ¡Alivio! Te lo había hecho notar al principio: una simple pesadilla de verano. Es martes. Me visto y me voy para el trabajo.